

TONY JUDT

---

CUANDO  
LOS HECHOS  
CAMBIAN

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN DE JENNIFER HOMANS

taurus





[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)



## ÍNDICE

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Citas](#)

[Introducción: De buena fe, por Jennifer Homans](#)

[PRIMERA PARTE. 1989: NUESTRA ÉPOCA](#)

- [1. Cuesta abajo hasta el final](#)
- [2. Europa: la gran ilusión](#)
- [3. Delitos y faltas](#)
- [4. ¿Por qué fue útil la Guerra Fría?](#)
- [5. Freedom y Freedonia](#)

[SEGUNDA PARTE. ISRAEL, EL HOLOCAUSTO Y LOS JUDÍOS](#)

- [6. El camino a ninguna parte](#)
- [7. Israel: la alternativa](#)
- [8. Un lobby, no una conspiración](#)
- [9. El «problema del mal» en la Europa de la postguerra](#)
- [10. Ficciones sobre el terreno](#)
- [11. Israel debe desmontar su mito étnico](#)
- [12. Israel sin clichés](#)
- [13. ¿Qué se debe hacer?](#)

[TERCERA PARTE. EL 11-S Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL](#)

- [14. Sobre La peste](#)
- [15. Su peor enemigo](#)
- [16. Cómo vivimos ahora](#)
- [17. El sentimiento antiestadounidense en el mundo](#)
- [18. El nuevo orden mundial](#)
- [19. ¿Está condenada la ONU?](#)
- [20. ¿Qué hemos aprendido, si es que hemos aprendido algo?](#)

[CUARTA PARTE. CÓMO VIVIMOS AHORA](#)

- [21. El esplendor del ferrocarril](#)
- [22. ¡Que vuelva el ferrocarril!](#)

[23. La bola de demolición de la innovación](#)

[24. ¿Qué está muerto y qué pervive en la socialdemocracia?](#)

[25. Generaciones en la encrucijada](#)

[QUINTA PARTE. A LA LARGA TODOS ESTAMOS MUERTOS](#)

[26. François Furet \(1927-1997\)](#)

[27. Amos Elon \(1926-2009\)](#)

[28. Leszek Kołakowski \(1927-2009\)](#)

[Relación cronológica de los ensayos y reseñas publicados por Tony Judt](#)

[Notas](#)

[Notas explicativas y del traductor](#)

[Índice analítico](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

*Para Joe*

*Cuando los hechos cambian, cambio de opinión. ¿Usted  
qué hace, señor?*

Cita generalmente atribuida a John Maynard Keynes

*Serán otros los que harán la historia [...] Solamente pue-  
do decir que sobre esta tierra hay plagas y hay víctimas, y  
que, en la medida de lo posible, uno tiene que negarse a  
estar del lado de la plaga.*

Albert Camus, *La peste*



## INTRODUCCIÓN: DE BUENA FE

POR JENNIFER HOMANS

Para mí, la única manera posible de escribir esta introducción consiste en separar al hombre de las ideas. Sin eso, el retroceso hacia el hombre, al que amé y con el que estuve casada desde 1993 hasta su muerte en 2010, se impone sobre el avance hacia las ideas. Cuando lean estos ensayos espero que también ustedes se centren en las ideas, porque son buenas ideas y se escribieron de buena fe. «Buena fe» tal vez fuera la expresión favorita de Tony y un valor que tenía en la más alta consideración, y se aferró a él en todo lo que escribió. Para él eso significaba, creo yo, escribir de un modo libre de cálculos y maniobras, intelectuales o de otro tipo. Una exposición limpia, clara y honesta.

Este es un libro sobre nuestro tiempo. El arco es descendente: desde las alturas de la esperanza y de la posibilidad, con las revoluciones de 1989, a la confusión, la devastación y la pérdida del 11-S, la guerra de Irak, la creciente crisis de Oriente Próximo y —como ya lo vio Tony— el declive auto-destructivo de la república estadounidense. A medida que cambiaban los hechos y se desenvolvían los acontecimientos, Tony se encontró yendo progresiva y lamentablemente contracorriente, luchando con toda su fuerza intelectual por hacer que la nave de las ideas, aunque fuera levemente, tomara un rumbo diferente. La historia finaliza de manera brusca con su prematura muerte.

Este libro, para mí, es también un libro muy personal, ya que «nuestro tiempo» fue también «mi tiempo» con Tony: los primeros trabajos coinciden en los primeros años de nuestro matrimonio y del nacimiento de nuestro hijo Daniel, y siguen a través de nuestro tiempo juntos en Viena,

París, Nueva York, el nacimiento de Nicholas y el crecimiento de la familia. Nuestra vida juntos comenzó, no por casualidad, con la caída del comunismo en 1989: yo era una estudiante de postgrado en la Universidad de Nueva York, en la que Tony enseñaba. En el verano de 1991 estuve viajando por Europa central y a mi vuelta quise saber más. Me aconsejaron que recurriera a Tony Judt como tutor para un estudio independiente.

Lo hice y comenzó nuestro romance, entre libros y conversaciones sobre política europea, guerra, revolución, justicia y arte. No se trató del habitual programa de entrevistas: nuestro segundo «encuentro de curso» tuvo lugar cenando en un restaurante. Tony puso los libros a un lado, pidió el vino y me habló de cuando estuvo en Praga, aún bajo el comunismo, y más tarde, en 1989, caminando de noche a través de plazas y calles silenciosas cubiertas por la nieve, poco después de la Revolución de Terciopelo, claramente asombrado ante el histórico giro del destino... y ante los sentimientos que hacían ya su aparición entre nosotros. Fuimos al cine, a exposiciones de arte, comimos comida china y él hasta cocinó (mal). Finalmente —la clave de nuestro noviazgo— me invitó a un viaje por Europa: París, Viena, Budapest, y un viaje bajo la tormenta por el puerto del Simplón capaz de ponerte los pelos de punta (conducía yo, él tenía migrañas). Cogíamos trenes y yo le veía absorto con los horarios, cronometrando salidas y llegadas, disfrutando como un niño en una tienda de golosinas: Zermatt, Brig, Florencia, Venecia...

Fue un romance estupendo y fue un romance europeo, parte del romance aún mayor con Europa que definía la vida y la obra de Tony. A veces creo que él se consideraba a sí mismo europeo. Pero en realidad no lo era. Es verdad que hablaba francés, alemán, italiano, hebreo, checo y algo de español, pero no se encontraba «en casa» en ninguno de los lugares donde se hablan. Era más bien *centroeuropeo*, pero tampoco exactamente eso; no compartía su his-

toria lo suficiente, excepto por compromiso profesional y raíces familiares (judíos rusos, polacos, rumanos y lituanos). Era también muy inglés, por hábito y crianza (se movía sin esfuerzo entre el *cockney* de su infancia y su desenvuelta prosa de *Oxbridge*), pero en realidad tampoco lo era: demasiado judío, demasiado centroeuropeo. No es que fuera un extranjero respecto a alguno de esos lugares, aunque en ciertos casos sí lo era; más bien estaba unido a trozos de todos ellos, y esa es la razón por la que no podía desentenderse de ninguno.

Así que tal vez no resulte sorprendente que, si bien nos instalamos en Nueva York desde el principio, pasamos mucho tiempo de nuestra vida en común planeando vivir —o ganarnos la vida— en algún otro sitio. Éramos unos expertos empaquetadores y a menudo bromeábamos sobre escribir juntos un libro que se llamaría algo así como «Síntase en Europa como en casa: todo lo que necesita saber sobre escuelas y propiedades inmobiliarias». Con diferencia el mejor regalo que le hice a Tony fue la guía de ferrocarriles de la agencia Thomas Cook.

Fue después de 2001 cuando realmente se estableció (yo ya lo había hecho). Ello se debió en parte a su salud: ese año se le diagnosticó un cáncer severo, fue operado, le radiaron y le administraron otras terapias de drenaje. En parte, también, debido al ataque contra el World Trade Center. Cada vez se hizo más difícil viajar, y el horror del acontecimiento, combinado con su enfermedad, tuvo un efecto hogareño. Quería quedarse en casa conmigo y los chicos. Lentamente, por las razones que fueran, durante los años que siguieron se fue haciendo cada vez más estadounidense, aunque nunca del todo; es irónico que fuera precisamente cuando se daban las razones de mayor peso para ser crítico con su política. Pasó el test y adquirió la nacionalidad: «examinadme», les decía a los niños todas las noches, y estos le ponían a prueba con regocijo, sin que importase que hubiera enseñado política estadounidense en

Oxford durante años. Hacia 2003 noté una transición, en su pensamiento y en su escritura, del «ellos» al «nosotros»: «*Nuestro modo de vida actual*».

Esos fueron también los años del Remarque Institute, que Tony fundó en 1995 y dirigió hasta su muerte. Los dos ejes sobre los que se cimentó fueron los mismos que constituyen las dos preocupaciones principales de su obra escrita: la cohesión entre Europa y Estados Unidos y la historia y la política contemporáneas. Al mismo tiempo estaba escribiendo *Postguerra* (2005), un empeño descomunal, que ponía diariamente a prueba su fortaleza física e intelectual, así como su disciplina, sobre todo teniendo en cuenta que se recuperaba de un cáncer. Recuerdo bien su agotamiento y su determinación cuando insistía en escribir también los artículos de este volumen, incluso estando (como él decía) en las «minas de carbón» de tan importante libro sobre Europa. Me preocupaba lo mucho que se exigía a sí mismo, pero, mirando atrás, veo que no podía evitarlo. Mientras se sumergía en *Postguerra*, él oía cantar a los canarios de las minas de nuestro tiempo: estos artículos, que nos piden —especialmente a «nosotros» los estadounidenses— que volvamos la mirada hacia el siglo xx mientras nos abrimos paso por el xxi, fueron resultado de ello.

Así que esta es una recopilación de artículos, pero es también una recopilación de obsesiones. Las obsesiones de Tony. Están todas aquí: Europa y Estados Unidos, Israel y Oriente Próximo, la justicia, la esfera pública, el Estado, las relaciones internacionales, la memoria y el olvido, y, por encima de todo ello, la historia. Su advertencia, que se repite a lo largo de estos artículos, de que estamos siendo testigos de una «época económica» que ha quedado reducida a una «era del terror»<sup>[1]</sup> y que inicia una «nueva época de inseguridad»<sup>[2]</sup>, era un síntoma de lo desalentado y preocupado que estaba por el rumbo que estaba tomando la

política. Tenía grandes esperanzas y era un agudo observador. En estos ensayos os encontraréis, creo yo, tanto con un clarividente realista —que creía en los hechos, los acontecimientos, los datos— como con un idealista que aspiraba nada menos que a una vida bien vivida, pero no solo para él, sino para la sociedad.

He expuesto los trabajos por orden cronológico además de temático, ya que la cronología era una de sus mayores obsesiones. Después de todo era historiador, y tenía poca paciencia con las modas posmodernas de la fragmentación textual o la alteración narrativa, especialmente en la escritura histórica. No estaba realmente interesado en la idea de que no hay una única verdad (¿acaso no era evidente?) o en la deconstrucción de tal o cual texto.

Creía que la auténtica tarea no era la de decir lo que algo *no era*, sino lo que *era*; exponer un relato convincente y escrito con claridad a partir de la evidencia disponible, y hacerlo con un ojo puesto en lo que es bueno y justo. La cronología no era simplemente una convención profesional o literaria, era un requisito previo; incluso, tratándose de historia, una responsabilidad moral.

Algunas palabras a propósito de hechos: nunca he conocido a nadie tan comprometido con los hechos como Tony, algo que sus hijos aprendieron desde el principio: debemos a Daniel, hoy de diecinueve años, el título de este volumen, sacado de una cita de Keynes, probablemente apócrifa, que era uno de los mantras favoritos de Tony: «Cuando los hechos cambian, cambio de opinión. ¿Qué hace usted, señor?». Lo aprendí bien pronto de Tony, en una de esas situaciones domésticas que resultan elocuentes a la hora de arrojar luz sobre un hombre. Al poco tiempo de casarnos compramos una casa en Princeton, New Jersey (por idea suya), pero se trataba de un hogar más en teoría que en la práctica. En teoría, Tony quería vivir allí, pero en la práctica vivíamos en Nueva York, o estábamos viajando por Europa, o camino de algún otro sitio. Finalmente, la quise

vender: nos suponía una sangría económica y, francamente, no me apetecía nada tener que vivir allí algún día. Entonces tuvo lugar una larga y difícil discusión sobre qué hacer con la casa, que pasó a ser un debate y, finalmente, un silencioso y enojado punto muerto sobre el significado emocional, histórico y geográfico de las casas y del hogar, y sobre por qué aquella en particular era o no adecuada para nosotros.

Discutir con Tony era un auténtico desafío, ya que era un maestro en la esgrima dialéctica y podía hacer que cualquier argumento que utilizaras se volviera contra ti. Finalmente, en un movimiento estratégico desesperado por mi parte, elaboré una hoja de cálculo donde se contabilizaban los hechos: costes, horarios de trenes de cercanías, tarifas, total de horas transcurridas en Penn Station, las obras. Lo estudió atentamente y accedió en el acto a vender la casa. No hubo necesidad de reproches, remordimientos, recriminaciones ni más discusiones. Él ya estaba pensando en el plan siguiente. Para mí, esa era una cualidad asombrosa y admirable. Le dotaba de una especie de claridad de pensamiento que le hacía no aferrarse a sus ideas o, como descubrí más tarde, a su prosa. Cuando los hechos cambiaban, cuando se producía un argumento mejor y más convincente, cambiaba realmente de opinión y pasaba al punto siguiente.

Pero era alguien con firmes convicciones. Lo cual no era un atributo existencial, sino que le había costado su trabajo: leía, ingería, absorbía y memorizaba más datos, más «cosas reales», como le gustaba decir, que nadie que yo haya conocido. Por esa razón no le gustaban los actos sociales ni las fiestas: era tímido, de alguna manera, y prefería quedarse en casa y leer; podía sacarles más partido a los libros, decía, lejos de la cháchara de los «intelectualoides». Funcionaba casi como una máquina con su memoria, y llegaba a sus posicionamientos rápida y decididamente, tras filtrar un problema dado por su extraordinario almacén de conocimientos y su mente analítica. No es que confiara en

sí mismo de una manera absoluta; como todos nosotros, tenía grietas emocionales y momentos en los que la razón y el buen juicio le abandonaban, pero que por lo general se daban en su vida, no en sus escritos. En materia de ideas no era un escéptico; tenía una especie de dominio intelectual natural y la capacidad de recurrir a ideas y argumentos sin mayor complicación.

Era un gran escritor porque estaba siempre afinando sus palabras, armonizándolas, de una manera artesanal, con su sintonía interior. Tenía su propio sistema de escritura, y todos los artículos de este libro fueron escritos conforme al mismo método, incluso los que van de 2008 a 2010, cuando estaba ya enfermo y tetrapléjico. Primero leía todo lo que podía sobre un determinado tema, tomando abundantes notas a mano, en blocs de notas de papel amarillo pautado. Luego venía el boceto, con códigos de color A, B, C, D con detalladas subcategorías: A 1 i, A 1 ii, A 2 iii, etcétera (más blocs de notas). Luego se sentaba durante horas ante la mesa del comedor, sin parar, como un monje, asignando un lugar en el boceto a cada línea de sus notas, a cada dato, fecha, cuestión o idea. Lo siguiente —y esta era la fase clave— era volver a transcribir *todas* sus notas originales por el orden establecido en el boceto. Para cuando se sentaba a escribir el correspondiente artículo había copiado, recopiado y memorizado la mayor parte de lo que necesitaba saber. Luego, a puerta cerrada, escribía durante ocho horas consecutivas al día hasta que el trabajo quedaba hecho (con pequeñas interrupciones para bocadillos de paté de levadura y un café exprés bien cargado). Por último, el «pulido».

Nada de esto cambió cuando se puso enfermo, solamente fue más difícil. Alguien tenía que reemplazar sus manos para pasar las páginas de los libros, reunir los materiales, buscar en la red y teclear. Mientras su cuerpo decaía, volvió a enseñarse a sí mismo cómo pensar y escribir —el más privado de los actos— con otra persona, un tributo a la flexibi-